

LOS LIBROS Y LOS HOMBRES

LA GOLETERA, por Arturo Reyes

Voy á deciros lo que había leído de Arturo Reyes antes de su última novela *La Goletera*. En primer término, unos versos. Su asunto el desierto, cruzado lentamente por un beduino y un dromedario. No recuerdo más; sé que había en el ritmo y en las imágenes cierta languidez cálida, como de siesta, muy ajustada al asunto; aquello estaba bien. Luego leí alguna queja contra el mercantilismo dominante en Málaga, algo que revelaba soledad y sufrimiento, muy íntimo y bastante triste; bien igualmente. Y después... (pero ya todos los trabajos de Arturo Reyes se confunden en mi memoria) los cuentos *Cartuchérita* y *El Lagar de la Viñuela*. No ajierto á separar unos asuntos de otros, y lo único que me queda es una visión borrosa de escenas violentas, muy violentas entre gentes á quienes no conozco. Sé que se habla de celos y de navajazos, de mujeres de negros ojos y de mozos bien plantado;- que hay calor y que hay sol... Ahondando más en mis recuerdos, me parece que aquellas tragedias no me impresionaron arriba de la cuenta. ¿Por qué no me impresionaron...? ¿Acaso por la falta de esa lógica fatal, de ese *Ananké* misterioso que ha de haber en la tragedia para producir efecto pánico? ¿Acaso porque las muertes de Arturo Reyes, pintadas en estilo exuberante, quedan envueltas en la vegetación casi tropical de Málaga y los hombres resultan muy pequeños en una naturaleza más poderosa? Lo ignoro en este momento. Repito que me dejaron bastante frío las pasiones que describe. Me parece que no las oigo por-

que van arropadas en lenguaje excesivamente pintoresco. Creo sentir el fragor de las hipéboles dentro de mi espíritu, acallando toda palabra natural, humana, y los ayes y quejidos de los héroes de Reyes me hacen pensar en los quejidos y ayes que lanzan los cantadores del género flamenco, mientras conciertan friamente con el cafetero el corretaje que les cumple en las botellas que hacen pagar al parroquiano.

Me olvido de estos antecedentes al abrir *La Goletera*, y tomo notas. Comienza la novela con un capítulo de pura descripción: sol, tientos, flores, brisas, pájaros, «chicuelos churretosos y encuerinos» y «acasinadas recuas». La Andalucía luminosa de Alarcón y de *El Solitario*; pero más recargada en el vocablo, más *colorista*, más *barroca*. Y ahora me pregunto: ¿cuál es la Andalucía verdadera: la roja, la cálida, la de cuentas de vidrio, la epidérmica, la que describen Reyes y Salvador Rueda, ó la Andalucía suave, crepuscular é íntima de Gánivet, Nicolás María López y los granadinos? ¿La que mira hacia las costas de Africa, ó la que se tiende bajo las sierras y los montes nevados?

¿Cuál es la Andalucía verdadera: la alegre, la triste, la de las cañas, los marseleses, el cielo azul y los pañuelos de colores, la que pintó Teófilo Gautier con el arco iris de su pluma, la brillante, la popular, la conocida, ó la Andalucía de los matices delicados, la llena de penumbras, la que inspira á Rusiñol sus lienzos melancólicos? No puedo responderme sino por deducciones;

jamás visité el Mediodía de España. Pero he estado algún tiempo entre los trópicos, y se me dice que el cielo y la vegetación de Andaluca, las casas y las costumbres, la vida andaluza, se asemeja á la vida de tierra caliente. Si esto es exacto, como parece probable, juzgo veraces las dos Andalucías.

Sólo que la alegre y luminosa debe de ser la que perciben los *touristas* desde la ventanilla del expreso, pues luminosa y alegre me pareció la América desde la borda del vapor. El sol glorioso en el cenit; las cosas á toda luz libre de sombras; la mar inmóvil, infinita, redonda, prolongación del cielo; la brisa penetrante saturada de sal; los bosques inextricables, laberínticos; el enjambre de casas pintarrajeadas con los colores de un mapa, aquí y allá e-condidas entre el verde refulgente de gigantescos árboles... creí encontrarme frente á un frenético é inextinguible arrebatado de la pasión y de la vida. Pasaron los años; y una vez exudado el ricio estío de mi cuerpo, vi á las gentes huir de la luz solar para cobijarse en las sombras; escuché las canciones criollas de monótonos ritmos, anduve penosamente entre arrugados hombres, percibí el hábito de la fiebre depresora; en torno mío todo era igual: cansado, gris; no es sangre roja y cálida la que empuja los puñales de los ñáñigos; es falta de sangre, anemia amarillenta, la que impide detenerlos en su camino triste.

¿Luz y alegría humanas...? Las he sentido algunas veces: en los gritos de todo Londres al presenciar las regatas Oxford-Cambridge; en los cantos de los yanquis al correr sobre el hielo del río Hudson; en el *ujujú* de los labriegos vascongados al regresar de las romerías... ¡Siempre en el Norte! De los países meridionales con servo un recuerdo de melancólica impotencia. ¡Son tan fuertes, tan agresivas para el hombre las cosas grandes y las pequeñas, los elementos y los microbios!

¡Y son los hombres tan encogidos y tan débiles! Y he aquí por qué prefiero la Andalucía triste de los granadinos, á la violenta Andalucía de los *coloristas*, que me parece superficial y de pandereta, cuando no de pura alquimia mercantil.

Sigo tomando notas. El segundo capítulo es de diálogo. Pepillo el *Cuchufletas* le pide á Paco el de las *Campanillas* que vaya á casa del *Cotufero* á tocar la vihuela. Se niega el *Campanillas*, y se alarma el *Cuchufletas*, temiendo la navaja del *Cotufero*. Aparece en escena un raparbas, alias el *Paviota*, y anuncia al de las *Campanillas* el propósito de comunicarle algo importante. Estos personajes emplean muchos rodeos y doce páginas para decirse tales cosas.

Capítulo III: Barbería del *Paviota*; gitanos y mozos *críos*. El *Paviota* dice al *Campanillas* que el *Cantimplora* ha prometido birlarle la novia ó darle un navajazo. Total, once páginas.

Capítulo IV: Aparece Trini la *Goletera*. Descripción y salto atrás de seis meses. Pudiera titularse: «De cómo se enamoraron como todo el mundo la *Goletera* y el *Campanillas*.» Once páginas. Capítulo V: Continuación del anterior. Ocho páginas. Capítulo VI: Juerga campestre y borrachera. La de los *Claveles*, novia del *Pipirigaña*, se enamoró del *Campanillas*. Celos y coplas alusivas. El *Campanillas* va á la cárcel por dar una puñalada al *Pipirigaña*.

Capítulo VII: *Campanillas* está en la cárcel y *mu* triste. Doce páginas. Capítulo VIII: La *Goletera* está en su casa también *mu* triste por la prisión del *Campanillas*. Se descubre que la chica fué deshonrada á traición por el *Cantimplora*. La *Goletera* siente escrúpulos, y eso que no se le conoce. ¿En que va á parar esto? ¿Le pegará una puñalada el *Campanillas* al *Cantimplora*, el *Cantimplora* al *Campanillas* ó se cruzará entre aquéllos el *Pipirigaña*?

Capítulo IX: Segundo salto atrás. Deshonra de la *Goletera* por el *Cantimplora*; cólera del *Belonero*, padre de la *deshonra*; fuga á las Indias del *deshonraor* y muerte natural del *Belonero*. Capítulo X: El *Campanillas* dice á la *Goletera* que la quiere mucho. Capítulo XI: La *Goletera* dice al *Campanillas* que no *pué* ser; pero que no *querrá* á ningún otro. Capítulo XII: Un borracho, muy borracho, penetra en una taberna. «¿Seco ó dulce?» le preguntan.—«Me es igual, porque es *pá gomitarlo enseguita*.» El *Cuchufleta* le dice al *Campanillas*: «En ese negocio hay algo que yo no sé lo que es...» Páginas y más páginas.

Capítulo XIII: Salto adelante. Vuelve de América el *deshonraor*. Capítulo XIV, ó mejor dicho IV, porque la acción recoge, el hilo del III. El *Pipirigaña* y el *deshonraor*, ó sea el *Cantimplora*, hablan de la *Goletera* y del *Campanillas*. ¿Pero cuándo se matan? Capítulo XV: El *Cantimplora* quiere casarse con la *Goletera*, y ella se niega. Capítulo XVI: Celos del *Campanillas*. Capítulo XVII: El *Campanillas*, triste y ebrio. Capítulo XVIII: El *Cantimplora*, triste y celoso.

Capítulos XIX, XX, XXI, XXII, XXIII y XIV. El *Cantimplora* se arrepiente, es tarde; el *Campanillas*, azuzado por el traidor *Pipirigaña*, le mata de una puñalada. Preguntan á *Cantimplora*, agonizante, por su matador, y responde: «El *Pipirigaña*.» Con lo cual, satisfecha la justicia poética, pueden muy bien casarse la *Goletera* y el *Campanillas*.

Es posible que haya cierta crueldad en esta relación del argumento. Es que la Andalucía de Arturo Reyes no me ha dado la sensación de parecido que con tanta claridad se experimenta frente á algunos retratos, aunque se desconozca á los modelos. Ya he dicho antes por qué. Y es también que la novela no ha conseguido interesarme. ¿Cómo, si ya sé desde el tercer capítulo que

el *Campanillas* ha de administrar un navajazo al *Cantimplora* ó el *Cantimplora* al *Campanillas*. ¿Qué más me importa el uno que el otro, si todos los héroes de Arturo Reyes se parecen como una gota de agua á otra gota de agua, si son todos morenos, enamorados, rumbosos, valientes y llenos de sandungan en la conversación y en los andares, si hablan y sienten y piensan todos de la misma manera, si son siempre—ya está Hegel en Málaga—todos *uno y lo mismo*? ¿Qué más da leer *La Goletera*, que *Cartucherita* ó *El Zagar de la Viñuela*?

Para hacer interesante asunto tan trivial y tan gastado había que tratarlo á la manera de Próspero Merimée: mirando las cosas desde fuera y describiéndolas con sobriedad. Así el autor de *Carmen* dió á sus cuentos españoles esa impresión de fatalismo y *viento sur* tan conmovedora y sugestiva.

¿Que el novelista malagueño quiere demasiado á sus personajes para mirarlos friamente desde fuera? Y entonces, ¿por qué no hace de *La Goletera* una novela psicológica? ¿Por qué no se mete en los entendimientos oscuros de esas pobres gentes dóciles al instinto y al cambio de los aires? Hay un momento, por ejemplo, en que la *Goletera* se niega á casarse con el hombre que quiere por escrúpulo de ser indigna de su cariño? ¿Cómo se dan estos escrúpulos en seres ajenos á la moral corriente?... He aquí un punto interesante; pero Reyes no se atreve á explicárnoslo...

Y así, saltando los pasajes difíciles y deteniéndose en descripciones y diálogos extraños al asunto, la novela se estira, y se estira, lánguida y perezosa, dejando aquí la trama, recogiendo al cabo de diez ó doce capítulos, llenando 240 páginas con lo que pudo ser escrito en veinte.

En este desierto sólo de cuando en cuando se yergue alguna página llena de fuego y de color. Son páginas en las que luce Arturo Reyes

con todo su esplendor, y aun con todo su desenfreno, el verbalismo imaginático de los meridionales. ¡Qué superabundancia de tropos y palabras! Eso ya no es vestir los conceptos, es inundarlos, es enterrarlos, hasta con el propósito de que se mueren por asfixia. Leyendo *El cantar de los cantares* he comprendido la magnífica poligamia del magnífico Salomón. ¿Cómo iba á enamorarse íntimamente de ninguna mujer quien tenía tantos recursos para colocar su cariño en los labios?... Leyendo á Castelar me explico la superficialidad de nuestro liberalismo. Leyendo los párrafos en que Arturo Reyes acumula á docenas las hipérbolos, me acomete la sensación del apocalipsis. Me muero, me muero entre palabras tan cargadas de sensaciones

como huérfanas de ensueños y de luz interior! ¡Me muero de un ataque de andalucismo!... Y conste que envidio con toda el alma tal riqueza de léxico; para mí la quisiera; para vestido de las ideas, no para sudorífico.

Fuera de ciertas frases parlamentarias, como «no puedo, ni debo, ni quiero», de otras hechas como «joven, gallardo y calavera» y de ciertos detalles innecesarios, que recuerdan los que pone Luis Taboada en boca de sus héroes de caricatura, como: «... y me tiro á la mar de cabeza, desde la escollera del Este...» en el estilo de Arturo Reyes mentudean las imágenes originales, lozanas plantas andaluzas, llenas de vida y de frescura.

Elas bastan para hacerme recordar al poeta, al Reyes que yo estimo.

Ramiro de Maeztu.

Poetas portugueses.

La Luna.

Por entre nubes tristes y brumosas
surgiendo vas—¡Oh Luna!—en el Oriente
como una Ofelia cándida y doliente
en ancho mar de nieblas silenciosas.

Al derramar tus lágrimas hermosas
en la tierra que duerme indiferente,
todo despierta, resplandece y siente:
el cielo, el mar, las almas y las rosas.

Helada esfinge de un secreto amado,
cruzas la soledad, bañando en calma
con tus llantos, recóndito Dolor.

Y al resplandor de tu mirar velado
sentimos florecer en nuestra alma
los gérmenes fécondos del amor.

Mayer Garçao.

(Traducción de C. Martín.)

AIRE

La prensa está vacía, desierta, sin pasión y sin alma. Leed el periódico, grande ó chico, y os encontraréis con largas columnas de prosa mala y cínica: «Ha llegado el nuevo gobernador de Cuenca: le han recibido en la estación *muchedumbre* de amigos políticos, *muchedumbre* de clases sociales, *muchedumbre* de trabajadores»; ¡todo es *muchedumbre* para los corresponsales temporeros, ó viceversa! Nada tan triste como esta vida española, sin virtud, sin grandeza y sin talento, erigiendo categorías políticas y árbitros sociales de entre esas *muchedumbres* de lacayos sin vergüenza, consecuentes de la estupidez.

Pero perdonad lo anteriormente escrito; si en ello hay algo que moleste á la *muchedumbre* de pobres estómagos que se estremecen á cada cambio político, hème aquí dispuesto á borrar cuanto les duela. Yo, persona honrada, á fuer de pobre, y altruísta, á fuer de tonto de remate, tengo para esa política protectora de la *muchedumbre* una gratitud infinita; porque ¿á qué extremos de robos, de indignidad y de bajezas no llegarían esas *muchedumbres* sin el salidero de la política? Cerrad por un momento la esclusa por donde la vida íntima y honrada vomita á la publicidad sus deyecciones infectas, y nos moriríamos de terror y de asco. Es absolutamente preciso ese hervor de bajas miserias, como es precisa la infección palúdica para resecar una charca. Viviendo entre nosotros, esa legión patógena corrompería nuestras horas más dulces, nuestros momentos más ideales y sagrados. Lejos, de la otra parte, atareados con lo suyo, reclusos en el penal de la gobernación pública... ¡por lo menos están clasificados y observados por el microscopio!

Y de esta otra parte, del lado acá de la *muchedumbre*, queda algo sano, desdenoso y fuerte que, si no se permite la tontería de esperar, tiene la dicha de respirar un aire limpio, sin vahos de calentura y de miseria; ¡aire de soledad y de independéncia para su labor abnegada y austera!

No, no somos indiferentes á esa *ciencia social* que, definida por los libros de texto, es la más importante de las ciencias: de acuerdo yo, por primera vez en mi vida, con los tales libros, admiro y venero á la ciencia, ó *rama* de la ciencia, que arranca de mi vera y de mi trato á tanto idiota.

El espectáculo actual me proporciona satisfacciones ¡sinnúmero y hasta me sugiere la esperanza de una selección regeneradora. Veo al gobernador de Cuenca (ó de otra parte) recibido en palmas, aturdido por la murra, enloquecido por el enjambre de moscas políticas, y me parece que un gran cacho de podredumbre se va de entre nosotros.

Y he visto á un reciente prohombre, cuya charla majadera no he podido soportar nunca, significarme solemnemente que sus altas ocupaciones no le permiten saludarme... Y nunca ¡oh santa política! me he sentido tan feliz.

Adolfo Luna.

Coloquios de Cuaresma.

En estos días de cuaresma se habla mucho de la confesión. Pocas, pocas reuniones, familiares ó de confianza, transcurren sin que alguien aborde ese tema tan de actualidad como el bacalao y el congrío.

—¡Hija, qué cosas manda la Iglesia! Tener que presentarse ante la rejilla y decir una *sus cosas* á un cualquiera, á un hombre casi siempre toseco y nada simpático, á quien le apesta el aliento y que la mira á una con aquellos ojazos tan fijos, tan...

—Yo prefiero los jóvenes de buen porte; por eso, antes de tomar vez, procuro saber quién ocupa el confesonario: los jóvenes son más finos y tolerantes.

Pero *¡se propasan* de un modo! Lo he experimentado más de una vez; figúrate qué situación, qué disgusto...

—¿Y es que no se propasan lo mismo los viejos? Conmigo llegó uno hasta querer tocarme introduciendo los dedos por la rejilla; ¡y me miraba de un modo! ¡Me decía unas cosas! Figúrate qué asco. Pero es un mal rato anual á que nos obliga la religión y nos empuja la sociedad. En estos días todo nos habla de él, del confesonario, hasta los periódicos vienen llenos de anuncios de encologios; las amigas te hablan de los *ejercicios* en el Sagrado Corazón ó te recomiendan á su confesor, preguntándote de paso si no has confesado todavía; la papeleta de comunión es una patente, necesaria hoy hasta en los hombres; pues á confesarse, un mal rato, como el sacarse dos muelas no no dura mucho, y luego ¡qué des-

canso, hija, el volver á casa con la absolución á cuestras, la papeleta en el libro de oraciones, la conciencia barrida y... hasta el año que viene! Hay doce meses por delante para pensar y hacer una lo que le da la gana. La vida es así, ó así nos la han impuesto.

En este diálogo, sostenido por dos señoritas, ya talludas, en cierta reunión de confianza, intervino, por haberlo escuchado, uno de los que formaban el corrillo inmediato adonde yo me hallaba. El tal es un pollancón de la clase de calaveras viciosos y muy neo, eso sí.

—Permítanme ustedes — dijo — una observación. He oído algo muy grave.

—¿Qué? — preguntaron con no muy buen talante las jóvenes.

—Una cosa horrible, ambas han sido ustedes solicitadas *in confesione* á cosas indignas, *ad turpia*.

—¡Toma! lo mismo que casi todas.

—Inexacto, señoritas, inexacto. Ese delito no abunda tanto por fortuna; yo podría citarle muchas señoras que...

—Seguramente no son guapas — interrumpió una de las jóvenes — ó no le han dicho á usted la verdad; ciertas cosas no son para confiadas á los hombres.

—Son ustedes atreídas; pero voy á mi objeto. He notado que ninguna de ustedes ha dicho palabra de haber cumplido el deber impuesto en caso de *solicitud*.

—¿Un deber? ¿Más deberes aún? ¿Y cuáles? Sepamos.

—El de ir al punto al palacio episcopal á denunciar al confesor solicitante.

Como el calaverón neo hablaba en voz cada vez más alta, la reunión entera se había vuelto hacia nuestro grupo, y al oírse las últimas palabras, acogidas con rumores y signos de extrañeza casi general, una señora, todavía de buen ver, se dirigió á nosotros, y dijo resueltamente:

—Si yo fuera hombre y supiera esa obligación, que, en efecto, impone la Iglesia, pero afortunadamente ignoran casi todos los católicos, no hablaría de tal cosa con mujeres. Aquí hubo en la sala toda un movimiento de expectación.

—Y ¿por qué no enseñarles lo que prescribe la religión?

—La Iglesia querrá usted decir, amigo mío. Pues porque esa delación, así impuesta, es cosa indigna, impropia de señoras, vergonzosísima, inútil y... peligrosa; lo sé perfectamente.

—¿Usted, señora?

—Yo. Figúense ustedes (las conversaciones particulares habían cesado, la sala era un solo corro en derredor del nuestro su atención muy viva). Figúense que hace años era yo más dócil que ahora en cosas de curas. Mucho tiempo después de casada fuí á cumplir con la Iglesia, yo sola, sin mi esposo, y el bueno del confesor hubo de *propasarse* de un modo horrible. Me quedé atónita, creo que me puse mala. Dejé el confesonario y al clérigo con la palabra, y ¡qué palabra! en la boca y, por no volverme á casa sin haber cumplido, en la misma iglesia busqué á otro confesor. Este, que me oyó y me habló sin excederse, fué quien me enseñó ese deber policiaco, diciéndome que no podía absolverme si no le prometía cumplirlo. Se lo prometí; pero ¡cuántos sufrimientos, vacilaciones y zozobras antes de realizarlo! Por fin me decidí un día, voy, todo ello sin conocimiento de mi marido, al palacio episcopal. Después de mil requisitos me introducen en la cámara prelatia, donde; roja de vergüenza, hago mi delación balbu-

ceando... pero ¿cuál sería mi asombro cuando casi no dando crédito á lo que oigo y veo...?

—¿Qué?—interrogaron desde varios puntos de la sala con gran curiosidad.—¿Le exigirían á usted que escribiera y firmara? ¿La obligarían á un careo? ¿La... le...?

—No, señores; lo que oí, lo que oí, —fué que *se propasaba* conmigo y muy descompuesto de palabra y de obra... ¡el obispo!

Renunció á describir el efecto de esta bomba en la concurrencia. La conversación, ya general, se hizo tumultuosa. Las mujeres devotas y el neo no supieron qué decir, porque la dama gozaba de intachable reputación, y bien se veía la sinceridad apabullante de su relato,

Los despreocupados se crecieron. Cada cual empezaba á referir su *caso* de sollicitación en el confesonario. El proceso Ubao asomó su negra cabeza en la reunión, seguido vertiginosamente por un tropel de captaciones é intenciones contra el honor, el bolsillo y la libertad de los penitentes ó de sus familias. El nombre de *Electra* salió también acompañado de su inseparable Pantoja, y todos hablaban á la vez sin que nadie se entendiera, cuando el neo, algo repuesto, pudo al fin dominar la confusión aquella con este grito:

—Señores: todo eso puede ser cierto; la miseria humana es muy grande; sin embargo, hay un medio seguro de cortar ese escollo, hijo de la corrupción de nuestro clero secular.

—¡A ver, á ver! Que lo diga.

—El medio es confesarse con los jesuítas.

Nunca lo hubiera dicho. La explosión de los despreocupados fué estrepitosa; algunos de los devotos la secundaron; los gazmoños hicieron protestas favorables al neo; pero los otros les replicaron con una lluvia de inectivas.

—¡Pues si el viejo que se *propasó* conmigo era jesuíta!—exclamó una de las jóveres.

—Y jesuíta era el que fuí yo á denunciar—gritaba la señora mayor.

—¡Jesuitas! ¡Si han pervertido á mi hijo en el confesonario!...

—¡Si no confiesan más que á los ricos; si son unos... Díganlo Pastrana, Bornos y Epalza.

A no estar allí casi todos en casa ajena, quién sabe cómo habría concluído la reunión.

Ya en la calle, me decía uno de los contertulios:

—Está visto que no hay nada como nuestro catolicismo especial

para pacificar los ánimos... al rojo blanco... Luego, eso de la confesión...

—¿Qué quiere usted?—repuse.—La Iglesia, permitiendo que esa práctica haya degenerado en lo que es hoy, juega con fuego, con pólvora; ya empezamos á quemarnos, y no será imposible, amigo mío, que el incendio todo lo reduzca á cenizas. Digamos con el sagrado poeta:

*Dies iræ, dies illa
Salvet clerum in favilla.*

Pío Quinto.



Ocaso.

Rubia, declina la tarde...

Allá en la sierra lejana,
que coronaron las nieves
con blancura de mortaja,
brillan los últimos rayos
del sol de tus esperanzas.

¡Ay! Cuando llegue la noche,
pobre enferma, niña pálida,
no habrá quien te diga amores
en las coplas trinitarias,
ni flores por donde pises,
ni rosas en tu ventana...

¡Helado tienes el rostro
como la sierra nevada!

¡Pobre enferma! Ya declinas,
y con la tarde te marchas...

Vé con el sol de poniente
que alumbró tus esperanzas
á buscar otros amores:

¡los que brillan! ¡los que abrazan!...

.....

¡Que aquí el amor es tan frío
como la sierra nevada!

José Sánchez Rodríguez.